



Le dedico mi silencio
Mario Vargas Llosa

Madrid: Alfaguara. 2023
312 páginas

Bettina Pacheco
Universidad de Los Andes, Venezuela



¿Cómo citar?
Pacheco, B. "Le dedico mi silencio. Mario Vargas Llosa".
Contexto, vol. 28, n.º 30, 2024, pp. 224-227.
<https://doi.org/10.53766/CONTEX/2024.28.30.18>



Una nueva novela de Mario Vargas Llosa es sin duda un acontecimiento para el mundo literario. No sólo porque se trata de un premio Nobel de Literatura, por ser un escritor casi mítico, dada su pertenencia al famoso movimiento conocido como el *Boom* Latinoamericano, y ser, además, el único sobreviviente entre los más destacados, sino porque parece ser esta su última novela, según lo que el propio autor ha dado a entender.

Luego de haber publicado veinte novelas, *Le dedico mi silencio* viene a confirmar tanto los temas como el estilo frecuentados por el gran escritor peruano. La novela demuestra su preocupación por lo que debe entenderse por la peruanidad, por el ser, sentir y hacer peruano, así como el interés por un tema que ha frecuentado en obras anteriores: la utopía. Basta citar obras precedentes, *La guerra del fin del mundo* (1981) o *El paraíso en la otra esquina* (2003), para sustentar esta apreciación; sólo que en esta oportunidad se trata de una utopía muy singular, basta adentrarse en la trama para confirmarlo.

La novela se estructura en XXXVII capítulos breves, en los impares se cuenta la obsesión del personaje central, Toño Azpilcueta, escritor empeñado en editar un libro sobre la vida de un desconocido, pero virtuoso guitarrista peruano, Lalo Molino. Junto a esta biografía casi imposible, dado el misterio que entraña la corta vida del músico en cuestión, se exalta la música criolla del Perú de la que Azpilcueta es un gran conocedor. En contrapunto con estos pasajes se suceden los capítulos pares donde el narrador le cede la palabra al propio Azpilcueta, para darle paso al libro que él está escribiendo sobre su guitarrista eximio, sobre la música criolla y algunos de sus máximos exponentes, demostrando con ello que es un erudito en estos temas, pero un erudito proletario como él mismo se concibe.

Esta manera de combinar los pasajes narrativos ficcionales con los ensayísticos resulta un acierto de esta breve y amena novela. Tal contrapunto se sucede hasta el capítulo XXX. De allí en adelante la ficción toma el mando, pues en ellos ocurre la apoteosis seguida de la caída de Toño Azpilcueta, luego de dos exitosas ediciones de su tan ansiado libro, pues lo asalta lo que podría llamarse una locura “escribidora”, que lo sume en la sinrazón, de la que no sale sino ya al final de la historia. No resulta difícil establecer parangones con la divertidísima *La tía Julia y el escribidor* (1977), no sólo por el contrapunto entre los capítulos, sino por las similitudes, en cuanto al delirio “escribidor” que se apodera de ambos personajes centrales: Pedro Camacho y Toño Azpilcueta.

La pasión por el vals peruano con el que desayuna, almuerza y sueña, así como por la música criolla en general -vales, marineras, polcas y huainitos- induce al escritor a defender su tesis, la que en un inicio era vista con desdén o indiferencia por académicos e intelectuales, a los que en varias ocasiones la novela recusa. Concebida como consecuencia de sus razones fundamentadas en sus

amplios conocimientos -y expuesta en los artículos con los que colabora en modestas revistas o periódicos- queda formulada con audacia la utopía musical peruana, la que reconciliaría a todo el Perú, unido sin discriminación de raza ni estrato social gracias a la música criolla, la que con su talante sentimental, que no le teme a lo cursi, a lo excesivo ni a lo sentimentaloides, lo que en Perú se conoce como huachafería, lograría la unidad de la nación, donde el ser guachafo se asumiría como seña de identidad nacional. Se trata de un mensaje de unidad que se alcanzaría entre cholos, serranos y blanquitos, tesis por la que un personaje de la novela lo califica de “loquibambio” por considerarla irrealizable.

Sin embargo, la pareja feliz que conforman dos amigos de Azpilcueta, el blanquito Toni Lagarde y la negrita Lala Solórzano, amantes de la música criolla, serán la prueba que reafirma la tesis expuesta en su libro *Lalo Molfino y la revolución silenciosa*, según la cual la música criolla será el motor de la desaparición de los privilegios de clase en el Perú. Otra utopía aparece también, la del amor de pareja, la de la eternidad de este sentimiento, pues el vals peruano encierra entre sus notas un embrujo que estimula el erotismo, el roce entre los danzantes hasta propiciar tanto el amor como el placer amoroso, tal como les ocurrió a Toni y Lala.

Cabe preguntarse si es posible plantear que hay entreverada en esta historia una poética del novelista, el anhelo de crear el libro perfecto, el libro total, el que todos quieran y puedan leer, y que ningún intelectual pueda recusar. Algo que quizás podamos leer en el afán investigativo de Azpilcueta, en la pulsión de escribir y reescribir una y otra vez, hasta el delirio, hasta la inmolación. ¿No es ese acaso el afán del novelista, el de entreverar realidad y ficción hasta lograr un universo creíble que pueda con su impacto modificar el mundo para mejorarlo? Sería otra utopía más, la del libro, la de la palabra capaz de crear y modificar la realidad.

No es menos destacable en *Le dedico mi silencio* el protagonismo de Lima, del centro de la ciudad, de los callejones, esos vecindarios pobres -Rímac, Bajo el Puente, Barrios Altos- en los que nace y se desarrollan tanto la música criolla, como sus grandes exponentes, con Felipe Pinglo Alva a la cabeza. Sin dejar de nombrar a Chiclayo y Puerto Eten, espacios donde el imaginario Lalo Molfino pasó parte de su corta vida y que son espacios de evocación del propio Vargas Llosa.

Para cerrar estas notas hay que reconocer que estamos ante una novela que no se contará entre las grandes de Vargas Llosa, pero no por ello deja de apreciarse en ella las virtudes que caracterizan su narrativa. Gran narrador realista en el que destacan sus dotes de investigador que, con tan gran acierto, ha sabido entreverar realidad y ficción con notable dimensión crítica. Esta novela, breve y amena, nos sumerge en un baño de peruanidad, que es lo mismo que decir de latino-americanidad, en lo mejor de lo popular, en su música y costumbres. Es cierto que al final, su cierre, es su gran debilidad, algo flojo e intrascendente, máxime si la

comparamos con sus grandes novelas. También se extraña el humor mordaz del autor, pero ello no la desmerece. Leer *Le dedico mi silencio* es hacerlo bajo la resonancia de *La flor de la canela*, de la gran Chabuca Granda, tan mencionada en estas páginas, de *Fina estampa* o de *El plebeyo*. El título de la novela es una frase que el enamorado Lalo Molfino le dice a la gran artista Cecilia Carranza, personaje real ficcionalizado que aparece varias veces hasta el final de la novela, amor secreto del mismo Toño Azpilcueta y de pronto hasta del propio Vargas Llosa, quien le ofrece ese silencio amoroso, al igual que a su exesposa Patricia, a quien está dedicada la obra. Deliciosa lectura, altamente recomendada para los amantes de la literatura latinoamericana y de tantas ficciones del connotado autor, entre las que me cuento.

Bettina Pacheco